

—Está bien. Ya me veré con el profesor.

Y pensó seriamente en aliviar á su hijo del excesivo trabajo.

—Que sea enhorabuena, señorita. Y sepamos: ¿por qué se le ha concedido el honor del primer premio?

—Por el certamen de canto que tuvimos el jueves para los exámenes de Noche Buena. ¡Me ha dicho el maestro que seré una gran tiple!

—Y una gran cocinera, añado yo,—interrumpió la madre.—Ya sabes lo que te dije el otro día: aprende á servirte por ti sola y lograrás que te sirvan bien.

—¿Qué ha dicho el bueno de D. Miguel de estos diablillos?

—Repitió la receta del pasado año: aceite de hígado de bacalao, alimentación sana, y paseos al sol; por supuesto, siempre con sombrero y evitando el aire frío y la humedad excesiva.

—¿Hay ahora mucha difteria?

—Dijo que como siempre, y opina que la vigilancia constante es el mejor preservativo. ¡Ah! Tenemos que vacunar á Pepito.

—¿De la ternera?

—Por supuesto. Nada de *chucherías*,—exclamó al despedirse,—el estómago, en los niños, es origen de muchos incendios cerebrales.

—La sopa,—dijo la criada, depositando una sopera humeante y bien oliente, de la cual arrancaba reflejos dorados la lámpara central.

—A comer, hijos míos; pero al hacerlo no dejéis nada en vuestro plato: acordaos de los pobrecitos que no comerán y pensad que podéis necesitar algún día lo que tiráis con desprecio.

M. DE TOLOSA LATOUR

Octubre 1888

